



Cleef
Hanger
.com

No soy un mimo, aunque mi piel sea de color blanco neutro, mi sonrisa enorme y mi ropa extravagante.
No tengo ningún nombre y a la vez tengo muchos.
No soy de ningún sitio y a la vez soy de todas partes.
Yo era un saltimbanqui, un vagabundo, un trota-caminos, acróbata, bailarín de claqué y saltador de universos.

Todos los universos están en el mismo lugar, para que te hagas una idea los universos son como las matrioskas solo que todas ocurriendo en el mismo tiempo y en el mismo espacio a la vez. Los saltadores de universos cambian de un universo a otro a cada salto que dan. La mayoría de la gente vive solo en un universo porque no pueden ver los otros aunque estén en el mismo espacio, de hecho la mayoría caminan cruzándose con versiones de ellos mismos en otros universos sin darse cuenta porque no pueden ver lo que pasa en los demás universos.

Pero, un saltador de universos si puede. Los saltadores de universos pueden pasar de un universo a otro a su voluntad y en cada universo que visitan hay una versión distinta de ellos mismos, y en alguno siempre hay una versión de ellos que no puede saltar entre universos. La mayoría de los saltadores evitan ver sus otras versiones, otros saltan hacia ellos pero todos evitan cruzarse con el que no puede saltar porque si dos versiones de un saltador pasan mucho tiempo en el mismo universo uno de los dos desaparecerá.

Como la mayoría de versiones de un mismo saltador pueden saltar cuando llega uno nuevo el que ya estaba salta hacia otro universo, pero con la versión de ellos mismos que no puede saltar no podrá saltar al siguiente así que evitan cruzarse con esa versión de si mismos.

Yo era el mejor saltador de universos, el más rápido que jamás había existido y de todas mis versiones la que más visitaba era la que no podía saltar.

Pero, ahora, soy cuenta cuentos.

Todo empezó un día, en el futuro, en un rincón, un planeta en otro universo llamado Fredd.

Acababa de saltar a ese universo desde uno en el que los caballos de mar pescan plancton desde la orilla de los puertos con sombreros minúsculos llenos de anzuelos con plumas gigantes. Salté para huir de una estrella de mar que quería venderme un pez todo terreno con seguro a todo riesgo con cristales irisados impermeables irrompibles, un trasto inútil para un saltador. Cuando salté el vendedor me agarró del brazo y acabó siguiéndome al siguiente universo dónde caí a los pies de un niño.

Como cualquier niño se asusto al ver una estrella de mar parlante vestida con traje y corbata sin conjuntar y empezó a llorar. Del brazo del niño salía un hombre, muy alto, enjuto. La expresión de su cara, con los parpados casi cerrados, el ceño fruncido y los labios apretados decían todo lo que había que decir sobre qué pensaba el hombre. Obviamente no estaba contento de que alguien hiciese llorar a un niño, pero ese niño no era cualquier niño.

El niño era su nieto.

El hombre resopló un aire salido desde el mismísimo infierno, su rostro se oscureció y con una voz de ultratumba dijo:

—Nadie hace llorar a mi nieto.

Antes de que pudiera parpadear el hombre ya había ido a por una caja azul dónde me guardó a empujones y con muy poca delicadeza.

Mientras daba tumbos y vueltas y giros dentro de la caja me di cuenta de que había lanzado la caja azul muy muy lejos. Cuando la caja paró de dar vueltas golpeó el borde de dos universos y los traspasó.

En cuanto salté fuera de la caja me di cuenta. No podía saltar, no había ninguna versión de mi mismo en este universo y tampoco estaba en el tiempo correcto. De repente, estaba en un universo para quedarme. Como parte del castigo que me impusieron por hacer llorar a un niño ahora soy cuenta cuentos, porque no hay nadie que sepa mejor como hacer parar el llanto de un niño.

Yo soy saltador de universos, yo soy cuenta cuentos hago que los niños venzan a las pesadillas, rian cuando lloran y que con su imaginación salten entre cuentos.

Y por eso estoy aquí.